

Entrevistas inolvidables



Túnel de vestuarios del Forum de Inglewood, California, antes del partido entre Los Ángeles Lakers y Milwaukee Bucks. ¿Quién abrió la puerta del coche de Earwin "Magic" Johnson y le dió la mano?. Este reportero. (Foto: JAVIER GÁLVEZ)

Cuando mi director, Rafael Gómez Redondo "Rienzi", maquinaba algo me llamaba a su despacho. Era como un rito. Además, iba al grano:

--He pensado que podrías ir a Los Angeles a entrevistar a Magic Johnson. Llévate a Javier Gálvez de fotógrafo..

--¡Pero, jefe...!

--Sí, ya sé que es difícil, pero hay que intentarlo.

--Difícil es poco, es casi imposible. Es como pretender que a uno le toque el "gordo" sin jugar a la lotería. Además, cuesta mucho y yo no quiero responsabilidades.

--Es igual, cueste lo que cueste. Hay que intentarlo.

No había más que hablar. Julito Cánovas, secretario de redacción, aunque era sábado, organizó el viaje con urgencia. Nada menos que para la mañana siguiente, domingo, que el Los Angeles Lakers iba a jugar su primer partido en el Forum sin Earvin "Magic" Johnson y era probable que este asistiera como espectador.

Ya se sabe: el hombre (Rienzi) propone y Dios dispone. Y Dios dispuso una vez más que en este envite reuniera todas las dosis posibles de fortuna como reportero. Más suerte, imposible. Vean el desarrollo completo de la peripecia y juzguen lo que es "baraka".

Madrid. Domingo, 24 de noviembre de 1991. Cosa insólita en los anales de "Iberia": el Jumbo "Cervantes", con casi veinte años de servicio en la compañía, batió este día un récord de puntualidad. Tenía fijada su hora de salida a las doce de la mañana y a las doce en punto sobrevolaba ya Alcobendas y San Sebastián de los Reyes e iba ascendiendo perezosamente en busca de su altura de crucero.

Y como un clavo en buen remache. Once horas más tarde, a las 14:00 horas, hora local, aterrizaba en el

aeropuerto internacional de la ciudad californiana de Los Angeles. Treinta minutos más tarde estábamos alquilando un coche y a las tres me duchaba en la habitación del Days Inn, un hotel que ya conocía de otros viajes y que era cómodo por su fácil comunicación, situado como un islote entre las dos principales autopistas que atraviesan la ciudad, el Santa Mónica Freeway, hacia el norte, y el San Diego Freeway, hacia el sur.

--Javier, estamos molidos, ya lo sé, pero será mejor que vayamos al Forum. Los nervios me consumen y nunca se sabe...

Los Angeles. Domingo 24 de noviembre de 1991. Cuatro y media de la tarde. Hace calor y tanto el Manchester Boulevard como la Avenida Prairie, que confluyen en el Great Western Forum, el templo del Los Angeles Lakers, no llevan el tráfico habitual. Faltan dos horas y media aún para que comience el partido de baloncesto que va a enfrentar a los Lakers, equipo que todavía arrastra el síndrome de la traumática retirada de su mejor hombre, Earvin "Magic" Johnson, con el Milwaukee Bucks del gigantesco Karl Malone.

El Forum tiene todas las puertas cerradas, excepto una taquilla. Se mandó desde Madrid un fax a la atención de Jerry West pidiendo dos entradas de Prensa, pero por si acaso compro dos localidades de las más caras, cerca de la pista: 20 dólares cada una.

En los alrededores del Forum, grandes carteles anuncian el estado anímico de la afición de Los Lakers. "Magic, we love you" se lee por doquier. Esta frase de "Magic, te queremos" es como un grito desgarrado que se lleva en camisetas, en pósters, en murales, en el corazón. En especial en el corazón de los negros de América, que ahora quieren aún más a un ídolo

controvertido desde que el pasado 25 de octubre el doctor Michael Mellman le hiciera regresar con urgencia de Salt Lake City, donde estaba con el equipo, para comunicarle friamente que era portador del virus del sida. Palabras mayores.

--Vamos a esperar en la entrada del túnel que conduce a vestuarios. De venir, tiene que pasar por ahí.

Bendita medida. A las cinco de la tarde un autobús se paró delante de nosotros. De él bajaron una cincuentena de niños de raza negra a cargo de una mujer de mediana edad y sobrada de kilos que supuse era la maestra. Desenrollaron una pancarta llena de firmas que ponía "Magic, we love you".

--¿Qué es esto?.

--Hemos quedado a las cinco y cuarto con Magic Johnson para rendirle un pequeño homenaje.

El corazón me palpitaba. No era creíble tanta suerte. Centenares de periodistas de Los Angeles y del resto de Estados Unidos buscando desesperadamente a Magic, cuya vida se había convertido en un "infierno" desde que el 7 de noviembre comunicara su retirada del baloncesto por ser portador del virus del síndrome de inmunodeficiencia adquirida, y nosotros lo íbamos a tener allí en unos minutos, tan sólo tres horas después de haber llegado de Madrid. ¿Era o no era aquello llegar y besar el santo?.

Seguí hablando con la maestra, que se las veía y deseaba para poner orden en la chiquillería.

--¿Y nosotros podemos quedarnos?.

--Ustedes pueden hacer lo que quieran.

En efecto: a las 17:15 horas el imponente Mercedes 350 de Magic entró en el túnel. Yo le abrí la puerta y fui el primero en estrecharle la mano, mientras Javier Gálvez comenzaba un auténtico festival de fotos.

Magic se sentía feliz besando o aupando niños. En medio del tumultuoso asedio infantil al ídolo, cogí el dedo gordo de la mano derecha de Magic (esta sería la foto que eligió Rienzi para la portada de AS) y tuve que alzar la voz para hacerme oír:

--Este y yo (le señalé al fotógrafo) acabamos de llegar de Madrid, España, para hablar contigo...

Magic no dijo nada, pero al rato subió de nuevo al coche y me hizo una seña para que le siguiéramos hasta la puerta de acceso al interior del Forum. Habló con los guardias de seguridad y entramos. Después de aparcar el coche, me dijo:

--¿Os gustaría que entrenara para vosotros?

--Sería fascinante, en especial para mi compañero fotógrafo.

Imagínense la escena. El Forum en silencio, vacío y a oscuras, con solo una parte de la pista iluminada. En ella un chaval que pasa balones a Magic Johnson para que enceste, Javier Gálvez haciendo fotos con auténtica fruición profesional y yo sentado en una silla del banquillo de los Lakers.

Magic se machacaba tirando al aro desde cualquier posición y yo caí en la cuenta que aún no había podido hablar con él y empecé a inquietarme. Poco a poco además iban llegando los que hasta dos semanas atrás habían sido sus compañeros en los Lakers, que le saludaban afectuosamente, al igual que los componentes del conjunto rival Milwaukee Bucks.

Cuando Magic se retiraba le detuvo un periodista de una cadena de televisión de Milwaukee, la WCGV-TV, y yo aproveché para acercarme a tiempo de escuchar unas sorprendentes palabras del ex baloncestista:

--The best and safest sex is no sex.

Sí, han leído bien: el sexo más seguro es la abstinencia, decía quien no hacía mucho había confesado haber

mantenido relaciones sexuales con la alegría de un bachiller.

--Lo único que afirmo --Magic Johnson seguía hablando ante la cámara de televisión-- es que nunca me he acostado con un hombre. Eso puedo jurarlo. Nunca supe decirle "no" a una mujer. Por eso a mí me transmitió el sida una mujer con la que hice el amor despreocupadamente.

En este momento aproveché para preguntarle si esta desdichada aventurilla había tenido por escenario Barcelona, ciudad que había visitado hacía tan sólo unos meses atrás. La respuesta fue contundente:

--El problema es que no puedo recordar ni el día, ni el momento, ni el lugar, ni la mujer.

El colega de Milwaukee me dejó meter baza otra vez:

--Con los niños, ahí fuera, te he visto sonreír, aparentemente feliz, pero tus ojos denotan tristeza. ¿Temes a la muerte?.

--Pienso vivir muchos años, si es eso lo que preocupa. Es más, iré al funeral de muchos de los que ahora me entierran por el mero hecho de tener el virus del Sida en el cuerpo. Se olvidan de que yo soy una persona acostumbrada a ganar, que está ante el reto más importante de su existencia. Lucharé por vivir. Ahora mi mejor médico es Dios.

Magic iba andando hacia el vestuario, seguido por el cámara y por mí. Tenía ganas de ducharse, pero todavía tuve oportunidad de hacerle una tercera y última pregunta por mi parte, relacionada con la Olimpiada de Barcelona. Ahí Earvin "Magic" Johnson fue rotundo:

--Como jugador de baloncesto lo he ganado todo, excepto una Olimpiada. Me falta una medalla de oro en mi carrera, y mi intención es poder jugar por lo menos unos minutos en Barcelona. Los médicos me han dicho que en mis actuales circunstancias no

es aconsejable jugar cien partidos al año, como es costumbre en la NBA, pero sí algún partido o algunos minutos. Guardo un buen recuerdo de mis visitas a Madrid, Barcelona y Valencia y no quiero defraudar a mis seguidores españoles.

Diez minutos, más o menos, más bien menos, es lo que pude hablar de tú a tú con Magic Johnson. Poco tiempo, ya lo sé, pero infinitamente superior al que tuvieron los quince mil periodistas acreditados para la Olimpiada de Barcelona, que no pudieron ni siquiera acercarse a él para una foto.

A la mañana siguiente fui a la redacción del periódico "Los Angeles Times" para comprar los ejemplares publicados del 7 de noviembre, fecha en la que Earvin "Magic" Johnson dio la rueda de Prensa de su adiós, al 24 de noviembre, que habíamos estado con él.

Así las tres precipitadas preguntas que pude formularle las aderezé con las excepcionales fotos de Javier Gálvez, que él si había tenido todo el tiempo del mundo para cumplir cómodamente su labor y las informaciones más relevantes que se habían publicado en "Los Angeles Times" sobre su enfermedad. Incluidas algunas confesiones. Como esta:

--Lo más duro ha sido contárselo a mi hijo. Cuando le dije a mi mujer, Kelly, que el test del Sida había dado positivo, montó en cólera, gritó y hasta intentó arañarme, pero enseguida se puso de mi lado y ahora es mi mejor soporte para hacer frente al problema. Mi hijo André, sin embargo, que cuenta sólo diez años, dudo que lo haya entendido.

André era uno de los secretos mejor guardados de Magic Johnson. Fruto de un romance con su "sweetheart", o cariñito, de su pueblo natal, Melissa Mitchel, en 1988 lo reconoció oficialmente como hijo suyo.

Y hacia su pueblo de Lansing, en el estado de Michigan, donde vino al mundo el 14 de agosto de 1959, partiría a la mañana siguiente Earvin "Magic" Johnson para huir del mundanal ruido y hacerse todavía más inaccesible que de costumbre.

--Enhorabuena.

Rienzi no dijo más. Estaba contento. Se le notaba. Estaban contentos los Montiel, la familia propietaria del periódico. También se les notaba. Estábamos contentos todos menos los envidiosos, estos que están deseando que las cosas salgan mal con tal de que otros no se apunten un éxito.

Pero una vez más lo sentí por ellos. Todo salió a pedir de boca. Solo el retraso habitual en los vuelos transoceánicos, que no se escapa de una hora, habría impedido llegar a la cita de Magic con los niños. O también lo habría impedido si en lugar de ir a merodear inmediatamente de llegar por los alrededores del Forum, que es lo que hicimos, nos hubiéramos echado una cabezadita, que es lo que el cuerpo pide después de un vuelo de once horas y una diferencia horaria de otras nueve horas.

Pero ni una cosa ni otra. El "Cervantes" tuvo una puntualidad germánica y la cabezadita nos la dimos luego, con la satisfacción del deber cumplido. No pensamos siquiera en cenar.

Aunque a mi me quedó el regustillo amargo de no haber podido hacerle más que tres preguntas a un Magic Johnson cazado al vuelo con el lazo de la fortuna, la mejor aliada del reportero.